El final de Jesús no fue la muerte sino la Vida

Hoy debemos tener muy presente la oración que hace Pablo en la segunda lectura. Es muy profunda y nos da la clave de toda vida espiritual.

“Que el Dios del Señor nuestro Jesucristo, el Padre de la gloria, os dé espíritu de revelación para conocerlo; ilumine los ojos de vuestro corazón para que comprendáis cuál es la esperanza a la que os llama...”

No pide inteligencia, sino **espíritu de revelación**. No pide una visión sensorial penetrante, sino **que ilumine los “ojos” del corazón**. El verdadero conocimiento no viene de fuera, sino de la experiencia interior. El conocimiento de Dios que adquirimos por los sentidos o por la razón no sirve de nada. Ni teología, ni normas morales, ni ritos sirven de nada si no nos llevan a la experiencia interior y no van acompañados de una vida entregada a los demás.

Hemos llegado al final del tiempo pascual. La ascensión es una fiesta de transición que intenta recopilar todos lo que hemos celebrado desde el Viernes Santo. La mejor prueba de esto es que Lucas, que es el único que relata la ascensión, nos da dos versiones: una al final del evangelio y otra al comienzo de los Hechos.

Para comprender el lenguaje que la liturgia utiliza para referirse a esta celebración, es necesario tener en cuenta la manera de entender el mundo en las

pasadas épocas, muy distintas de la nuestra.

Desde una visión mítica, el mundo estaba dividido en tres estadios: el superior (arriba) estaba habitado por la divinidad y su entorno. El del medio (el nuestro) era la realidad terrena en la que todos vivimos. El tercero (abismo) era el lugar del maligno y sus secuaces.

Desde este esquema, la encarnación era concebida como una bajada del Verbo, desde la altura donde habita la divinidad a la tierra. Su misión era la salvación de todos. Por eso, después de su muerte tuvo que bajar a los infiernos (inferos) para que la salvación fuera total. Una vez que Jesús cumplió su misión salvadora, lo lógico, era que volviera a su lugar de origen, el cielo.

Si aceptamos que esa visión del mundo se ha derrumbado, no tiene mucho sentido seguir hablando de bajada y subida, a no ser, como puro simbolismo. Cambiar la mente de las personas, sobre todo en temas religiosos, es mucho más difícil de lo que imaginamos. Pero si no lo intentamos, arrastraremos el peligro de estar transmitiendo conceptos incomprensibles para la gente de hoy.

Una cosa fue la predicación y la acción de Jesús terreno y otra muy distinta la tarea que tiene que acometer la comunidad, después de atravesar la experiencia pascual. El telón de fondo es el mismo, el Reino de Dios vivido y predicado, pero a los primeros cristianos le llevó tiempo.

En el caso de Jesús y en el de los apóstoles, el verdadero motor es el Espíritu. Con esa misma “fuerza

de lo alto”, nosotros tenemos que continuar la obra de Jesús: vivir la misma realidad y ser testigos de ella.

Resurrección, ascensión, sentarse a la derecha de Dios, envío del Espíritu son todas realidades pascuales. En todas ellas queremos expresar **la misma verdad**: el final de "este Hombre" Jesús, no fue la muerte sino la Vida.

El misterio pascual es tan rico que no podemos abarcarlo con una sola imagen, por eso tenemos que desdoblarlo para ir analizándolo por partes y poder digerirlo.

Con todo lo que venimos diciendo durante el tiempo pascual, debe estar ya muy claro que después de la muerte no pasó nada en Jesús. Una vez muerto pasa a otro plano donde no existe tiempo ni espacio. Sin tiempo y sin espacio no puede haber sucesos. Todo “sucedió” como un chispazo que dura toda la eternidad.

El don total de sí mismo es la identificación total con Dios y por tanto su total y definitiva gloria. No va más. En los discípulos sí sucedió algo. La experiencia de resurrección sí fue constatable. Sin esa experiencia que no sucedió en un momento determinado, sino que fue un proceso que duró mucho tiempo, no hubiera sido posible la religión cristiana.
Lo hemos repetido muchas veces: una cosa es la verdad que se quiere trasmitir y otra las fórmulas y conceptos con los que intentamos llevar a los demás nuestra verdad. Aunque sea muy tentador, no podemos quedarnos en la consideración de unos hechos como si hubieran sucedido hace dos mil años.

Celebramos un acontecimiento teológico que se está dando en este momento igual que se dio en el instante de morir Jesús. Los tres días para la resurrección, los cuarenta días para la ascensión, los cincuenta días para la venida del Espíritu, no son tiempos cronológicos sino teológicos. Nos dicen la manera de ser de Dios, no el tiempo en que actúa.

Lucas, en su evangelio, pone todas las apariciones y la ascensión en el mismo día. En cambio, en los Hechos habla de cuarenta días de permanencia de Jesús con sus discípulos. Al no dar importancia a esa aparente contradicción, quiere decir que para él no tenía ninguna importancia el tiempo cronológico.

Primer dato que nos tiene que hacer pensar: Ni Mateo, ni Marcos, ni Juan, ni Pablo hablan de la ascensión como fenómeno físico. Sólo Lucas al final de su evangelio y más detalladamente al comienzo de los “Hechos de los Apóstoles”, narra la ascensión como un fenómeno constatable por los sentidos.

Si, como parece probable, los dos relatos constituyeron al principio un solo libro, tendríamos que se duplicó el relato para dejar uno como final y otro como comienzo de sus dos obras. Para él, el evangelio es el relato de todo lo que hizo y enseñó Jesús; los Hechos es el relato de todo lo que hicieron los apóstoles. Esa constatación de la acción de Dios, primero en Jesús y luego en los cristianos, es una de las claves de todo el misterio pascual y en concreto es la clave para entender la fiesta que estamos celebrando.

Otro punto para la reflexión es que el cielo en todo el

AT, no significa un lugar físico, sino que es una manera de designar la divinidad sin nombrarla. Esto queda patente cuando unos evangelistas hablan del “Reino de los cielos” y otros del “Reino de Dios”.

Sólo con esto tendríamos una pista para no caer en la tentación de entenderlo literalmente. El mismo Papa Juan Pablo II dijo, hace unos años, que el cielo no era un lugar. Es verdaderamente lamentable que se siga hablando a la gente de un lugar y un espacio donde se encuentra la corte celestial y donde llegaremos nosotros un día si nos portamos bien.

Podemos seguir diciendo “Padre nuestro que estás en los cielos”. Podemos seguir diciendo en el “Credo” que se sentó a la derecha del Padre. Pero entenderlo literalmente nos mete por un callejón sin salida. También decimos que ha salido el sol, y nadie lo toma al pie de la letra.

Más pistas: Hasta el siglo V no se celebró ninguna fiesta de la Ascensión. Se consideraba que la resurrección llevaba consigo la glorificación. Ya hemos dicho que en los primeros escritos que han llegado hasta nosotros de la cristología pascual, está expresada como “exaltación y glorificación”. Antes de hablar de resurrección se habló de glorificación.

Esto podía explicar la manera de hablar de ella en Lucas. Lo importante de todo el mensaje pascual es que el mismo Jesús que vivió con los discípulos, es el que llegó a lo más alto. Llegó a la meta. Alcanzó su plenitud que consiste en identificarse totalmente con Dios.

La Ascensión nos hace reflexionar sobre un aspecto del misterio pascual. Se trata de descubrir que la posesión de la Vida por parte de Jesús es total. Participa de la misma Vida de Dios y por lo tanto, está en lo más alto del “cielo”. Las palabras son apuntes para que nosotros podamos entendernos.

Hoy tenemos otro ejemplo de cómo, intentando explicar una realidad espiritual, la complicamos más. Resucitar no es volver a la vida biológica sino volver al Padre. “Salí del Padre y he venido al mundo; ahora dejo el mundo para volver al Padre”. Ser glorificado, no es recibir honores, sino manifestar el amor total de Dios.

Nuestra meta, como la de Jesús, es ascender hasta lo más alto, al Padre. Pero teniendo en cuenta que nuestro punto de partida es también, como en el caso de Jesús, el mismo Dios. No se trata de movimiento alguno, sino de toma de conciencia. Esa ascensión no puedo hacerla a costa de los demás, sino sirviendo a todos. Pasando por encima de los demás, no asciendo sino que desciendo. Como Jesús, la única manera de alcanzar la meta es descendiendo hasta lo más hondo. El que más bajó, es el que más alto ha subido.

El entender la subida como física es una trampa muy atrayente. Los dirigentes judíos prefirieron un Jesús muerto. Nosotros preferimos un Jesús en el cielo. En ambos casos sería una estratagema para quitarlo de en medio.

Descubrirlo dentro de mí y en los demás, como nos decía el domingo pasado, sería demasiado exigente. Mucho más cómodo es seguir mirando al cielo... y no

sentirnos implicados en lo que está pasando a nuestro alrededor.

En el corto relato que hemos leído hoy, se encuentran todos los elementos que hemos venido manejando en el tiempo pascual: la identificación de Jesús; la alusión a la Escritura; la necesidad de Espíritu; la obligación de ser testigos; la conexión de la vivencia con la misión de extender el Reino.

Se contrapone la Escritura que funcionó hasta aquel momento y el Espíritu que funcionará en adelante. Recordemos que al inicio de su vida pública, Jesús fue ungido por el Espíritu Santo para llevar a cabo su obra. Los discípulos también tienen que ser revestidos de la fuerza de lo alto para llevar a cabo la suya.

Meditación-contemplación

“Os revestirán de la fuerza de lo alto”.
Este es el cambio que percibieron los apóstoles en la experiencia pascual.
Una nueva energía vital que les inunda y les transforma.
Es el “nacer de nuevo” que Jesús había propuesto a Nicodemo.
.....

Esa energía tiene que iluminar todo mi ser.
Como una lámpara se transforma en luz cuando la atraviesa la corriente,
así mi ser se iluminará cuando conecte con lo divino.
Esa iluminación es el objetivo último de todo ser humano.

.....

No se trata de un mayor “conocimiento” intelectual.
No es la mente la que debe iluminarse, sino el “corazón”.
Aquí está la verdadera batalla,
sobre todo, para nosotros los occidentales cartesianos.
.....